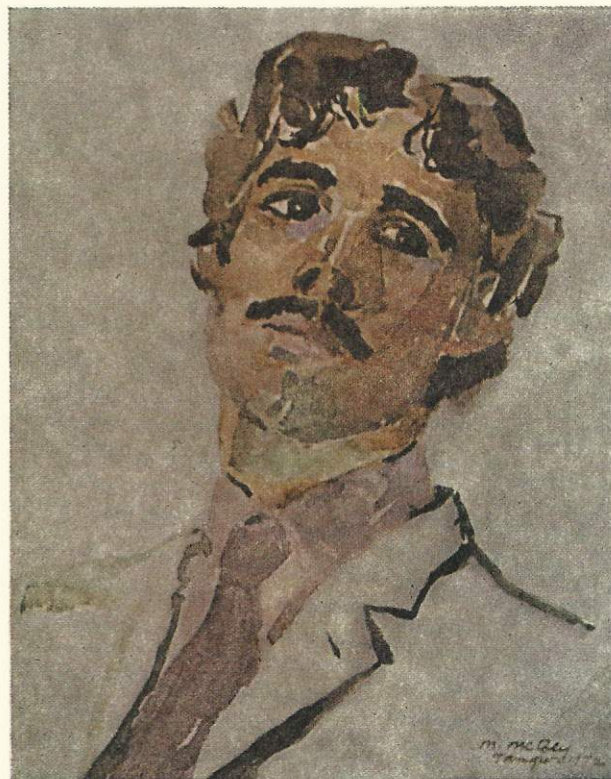


POEMAS DEL SILENCIO



LEONARDO DE ARRIZABALAGA
Y PRADO



Leonardo de Arrizabalaga y Prado, nacido en 1946, se licenció con honores de primera clase en letras, de Trinity College, Cambridge. Seguidamente fue lector de Español en esa universidad y luego obtuvo la bolsa Harper-Wood para la creación literaria.

Además de *Poemas del silencio*, su primera colección de poesía, es autor de un libro de relatos, *Don Nadie y otras prosas*, y está acabando una novela.

En el prefacio, al primer ciclo de esta colección, el poeta escribe: «Cada vez hay menos que decir. Lleva relación inversa con la historia: cuanto más muertos al montón, de menos nos sirven las palabras. ¿Con qué vocablos llegaríamos a dar sentido a su silencio, el de los muertos?»

Su poesía es una tentativa de respuesta a este interrogante. Procede de una visión donde «La voz es herida en la oquedad del silencio.» Buscando su propia voz, el poeta fragua voces nuevas, para reportar una experiencia en que «Las palabras son sondeos en la orondadura del silencio.»

EDITORIAL LUMEN

Portada: Retrato del autor por Marguerite Mc Bey

POEMAS DEL SILENCIO

Leonardo de Arrizabalaga y Prado

WORLD LITERATURE TODAY

FORMERLY BOOKS ABROAD

A LITERARY QUARTERLY
OF THE UNIVERSITY
OF OKLAHOMA
NORMAN, OKLAHOMA
73019 U.S.A.

FROM THE

SUMMER 1977 ISSUE

Leonardo de Arrizabalago y Prado. *Poemas del silencio*. Barcelona. Lumen. 1976. 76 pages. 150 ptas.

Born in Colorado, the author of these poems is an American who has chosen to remain faithful to the language of his Mexican-Spanish ancestry and has already published in Spanish a volume of prose narratives, *Don Nadie y otras prosas*. In the preface to the present first published collection of his poems he modestly declares, "Every day there is less that needs to be said, so that there is here an inverse relationship to the evolution of history: the more the dead pile up, the less can words serve our purpose. In what terms can we express the silence of the dead?" His poetry seeks to offer us an answer to this question: "In the beginning there is silence, in the end too, / And silence lies concealed in every voice."

One can detect in this poetry certain intellectual affinities with the philosophy of language of Mallarmé as well as a distinct awareness of belonging in a tradition: that of Spanish symbolism in particular and of European symbolism, including that of Rilke, in general; but also, beyond that, an awareness of the hermetic poetry of Petrarch and Dante as well as of the poetry of Virgil and of the even more ancient philosophy of Heraclitus.

It has become almost impossible, alas, to write and publish this kind of highly civilized and literate poetry in English. Is Spanish now a "backward" literary language because such poetry, when written in Spanish, can still prove to be moving and convincing? "At all times, each one of us has had his own way / Of burying his own dead."

E. Roditi

**POEMAS
DEL
SILENCIO**

de
**LEONARDO DE ARRIZABALAGA
Y PRADO**

© Leonardo de Arrizabalaga

Impresión: Leopoldo Martínez - E. Granados, 149 - Barcelona

I. S. B. N. : 84-264 2967-X

Depósito Legal: B. 20.929-1976

Printed in Spain

EDITORIAL LUMEN - Ramón Miquel y Planas 10, - Barcelona-17

EDITORIAL LUMEN

INDICE

DEDICATORIA

El muro	2
----------------	---

POEMAS DEL SILENCIO

Prefacio	6
Definiciones	8
Profecía del silencio	10
Agorafobia	13
Historia del silencio	14
Requiebro	20
Invitación al silencio	22
Amanecer	24
Oquedades	26
Prólogo	28
Consejo al joven poeta	30
Otro requiebro	32
Tempestad	34
παντα ῥει	36

MEDITACION SOBRE UN TEXTO DE VIRGILIO

<i>Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt</i>	38
--	----

SOLILOQUIO	46
-------------------	----

DOS TOCAYAZGOS

A César	52
A Beatrice	54

CASIDA DEL NEGOCIO FRACASADO	58
-------------------------------------	----

OTROS RUMBOS

Relatividades	64
Acertijo	65
Otro Acertijo	66
Marina	67
θανατεραστης	68
Euzkalduna	70
Tu soledad y mi silencio	71

ECLOGA	74
---------------	----

in memoriam F. G. L.

EL MURO

Un muro se presta para tanto.
¿Acaso lo atisba el albañil
que coloca canto contra canto?

Sirve para mear.
Ni los perros ni los hombres
gustan de apuntar contra la nada.

Sirve para envaronar el léxico.
Chíllanos antiguas chiticallas —
zagalonas voces retan rústicos
sustos al pudor de las doncellas.
Pregona esas pasiones tan íntimas
que no acierta nadie a callárselas.

Sirve, por las tardes del otoño,
para pasearte a su vera,
mirándote, fantoche bisoño,
la zancuda sombra titerera.

Sirve, además, para morir,
mirándotela en la madrugada.

Hay un muro en cada pueblo
y cada barrio de esta tierra
que se vuelve a embadurnar,
al albor de primavera,
con espesa y fresca cal.
Mas la lluvia nos demuestra,
remachona, cada invierno,
que la sangre es tinta permanente.

No es de extrañar que abunde tanto.
Tan sencillo es levantar un muro
(algo más difícil demolerlo)
y es barato, como todo cuanto
cunde.

Claro, siempre hay quien le invente
peros. ¡Qué anticuada es la gente!
Ya no vale eso de “quiso darnos
fuga, mi teniente, pero al reo
lo supuimos bien parar”.

Un muro
no se presta a tan llanos engaños.
Pero lo compensa, y con creces.
Pone en su lugar otra patraña
más sutil: la de lo ineludible.
Arrincona hito al rehén.
Sólo cabe ya valentonarse,
fingir desprecio a la vida. Sirve
para escupidero del desdén.

Tú Federico García, ¿tuviste
siquiera ese consuelo — aunque fuera
sólo un muro imaginario? ¿No heriste
su blancor de amapolas con soberbia
derrochadas?

(Tú mismo lo dijiste:
Las flores no valen nada.)

¿Te viste
perfilado en su áspero bermejo?

Federico, ¿tampoco el otro muro?
No el de cal y canto, sino de ojos
deslustrados por el odio, por fuerte
estupidez, o por cansancio?

¡Qué fosco
mirar, esquivo y opaco, el del turbio
galán, enamorado de la muerte!
¿Acaso te miraste en ese espejo?

¡No, Federico Lorca! ¡No me digas
que moriste sin un muro siquiera!
¿Ningún compasivo tapial cercó
tu fantasía, ni prestó apariencia
de razón a la locura?

No digas
que tuviste que encararte con el alba,
desdormida de su larga pesadilla,
verla estremecerse trémula,
y escuchar la brisa entre los chopos
difundir su insoportable ternura
sobre los retumbos por la Vega de Granada.

POEMAS DEL SILENCIO

PREFACIO

Cada vez hay menos que decir. Lleva relación inversa con la historia: cuanto más muertos al montón, de menos nos sirven las palabras. ¿Con qué vocablos llegaríamos a dar sentido a su silencio, el de los muertos?

Ellos ya no escuchan, a pesar de que las voces orotundas van cobrando una vergüenza algo tardía. Saben que no queda nada por decir. Ya no hay quien remiende vírgenes, ni quien devuelva su virtud a voces sin sentido. Ya las ilusiones se han vestido de pindongas, y dejan manosearse por cualquiera. Las visiones de los grandes soñadores campean en las bocas de tiranos, y retumban en las de sus súbditos, con otra entonación. No es de extrañar que las escupan.

Ya pasó el siglo de milagros. Ahora nos quedamos con los muertos, con toda nuestra historia de mentiras, y todo un porvenir para contarlas. Desde luego, nada lograremos con seguir hablando, ni siquiera espantaremos el pavor que nos infunde nuestro propio silencio — el de los moribundos — el silencio que nos mira, impasible, con sus grandes ojos deslustrados.

Mas de nada servirá que nos calleemos: nadie nos lo escuchará. Con el silencio no redimiremos el tiempo. Fue perdido antes que existiera. Cada instante es una ausencia más en el vacío. Tampoco resucitaremos a la Tierra. Por fin se está cansando de llevar nuestros insultos, la basura de venenos, los estragos de nuestra indiferencia. Nos va dejando sin víctima. muriendo, ganará la partida. ¿Y el amor? — esa pasión sobreestimada — ya no volveremos a sentirlo: hemos olvidado los requiebros.

Ahora que estamos precavidos, ahora que somos tan sabios que nada ya nos es posible, ¿por qué no nos quedamos quietos a esperar la nada con decoro? Pero siguen saliéndonos palabras. Como una sarampión. No somos siquiera capaces de callar en nuestro entierro. Al contrario, cada día hay más palabrería. Desnudamos los últimos bosques para imprimir nuestras mentiras. Vamos relinchando al matadero. Hay tal peste de palabras que supera el humo, los gases, la corrupción, a los que ya nos íbamos acostumbrando. Ya no se respira con tanto hedor de cháchara.

Hágase constar que somos una raza de habladores. Casi es lo único que hacemos, y eso mal. Pero no nos queda más remedio. Así que seguiremos con la charla, porque carecemos de la única grandeza, la del pregón del trueno, y la respuesta de las piedras.

DEFINICIONES

En el principio hay silencio, y en el fin,
y el silencio late en toda voz.

La voz es herida en la oquedad del silencio.

Esta voz está naciendo del silencio
y busca resolverse en él.

En el principio, el silencio,
informe de futuras formas,
es el raudo reverbero orondo
de subsonoras armonías
en la música callada
desde la que nacen las palabras.

Las palabras son sondeos
en la orondadura del silencio.

En el fin, cada voz se funde con las otras,
y, lo mismo que todos los colores del prisma,
enfocados juntos,
dan a luz la pura, incolora luz,
las voces,
escarceos entrecruzados de guijarros
arrojados al agua,
requíntanse en recónditos acordes del silencio.

Entre el silencio del principio
y el del fin,
cabe el tiempo del verbo.

PROFECIA

Me miré en el ebrio espejo del silencio
y vi una vetusta villa enmurallada,
morada de fantasmas náufragos
y meta de extraviadas caravanas.
Mi jamás escrita historia
cumulaba siglos de sueño.
Imperceptas primaveras parraazaháreas
reestrenaban mi cuerpo adormecido,
laberinto de callejas, soportales,
pasadizos que retornan en sí mismos,
crúzanse, se apartan, y se pierden,
dispersos secretes en la brisa nocturna.

Vi la hueste rafagosa que en quimérica azaría
cabalgara por mis plazas descampadas,
arrastrando en el revuelo de sus capas
el incendio fragoroso.
Y vilos sembrar sal sobre los yermos.
Se desmoronaron mis murallas murmurosas
y en el polvo de mis ruinas no pisaba sino el viento.

Vi halconear sobre la tierra
una densa oscuridad.
Los lagartos se escurrieron bajo piedras,
los gorriones englutieron su gorjeo
y las polillas se agolparon en los quicios de las puertas.
Las hojas de los árboles crispáronse
y volaron con la ráfaga de asalto.
Cierzos sin sisbeo desolaron mis paisajes,
niveló mis cumbres íntimas un quieto cataclismo
y la atónita marea se caló en todo verbo.
Un huracán de silencio envolucróme
en su vórtice vasto de angustia sin nombre.
Hendióse el firmamento de mi ser
y un inmenso huero se ventó en el universo.

Pero en el subsónico talán de su campana ausente
retumbaba el eco tardo de sentidos olvidados.
Tango retenso, el timbre de mi tez
acompañóse y consonó con primordiales ritmos táctiles.
Ondulalento mi aliento acarició fragancias resonantes.
Cristalínicos vislumbros de colores invisibles
alumbráronme el recuerdo de vivencias venideras,
y mis tímpanos cantaron un lenguaje sin palabras.

¡Ay, que melodiara aun
la música callada de ese ensueño,
descuajárase mi ser
cual niebla al soplo de alba
y se fundiera en el reflujo de la nada!

Mas aquella clara llama de vidente luz
la retajó el estoque yerto que rementa lo presente.
Me miré en el espejo del sentido
y pregunté "¿quién eres tú?"

Calláronse las voces.
La música en suspenso escuchábase a sí misma.
Las olas borrábanse las huellas
en la playa entre mis sueños y el desierto.
Planeaba serenísimo al oral
el alto halcón tremendo del silencio.
En sus garras revolcábase la mar,
tormentosa de añoranzas inmortales.

Acallóse el litoral, y acandiló
el piélago un rubor de oculto sol.
No hubo nadie en el bajel que ardió sobre la mar.
Desde el mórbido silencio de mi ser
llamé al socorro,
mas mi voz se ahogó,
sumida en el susurro del trueno nacedero.

AGORAFOBIA

No te me huyas, alma
por el alto silencio
de la ausente cúpula del cielo.
No te difundas con las voces del viento
ni retumbes en el páramo a descuello.

Callad palabras.
Mentís en vano.

Sólo en el silencio suena tregua al dolor
que la voz a cóncava rasante imprime.
Invierten mis ojos el verbo en calavera.
Campana rajada suena a hueco.

Caen las hojas.
¿Me destrizaré con ellas, al besar la tierra?
—sin quererlo calado en el recuerdo—
Guarda mi piel olor de apego.
No se marchitará.

Levántase la niebla.
¿Si me deslizara cual humo en la fugada?
Soy el alba enlutada en cenizas.
Soy la ráfaga apagada en el aliento.
Soy la llama sin soplo de lumbre.
Soy la lluvia que no moja la tierra.

HISTORIA DEL SILENCIO

I

Erase una vez, debajo de mis párpados
pandas voleteaban mariposas — gualdas,
cárdenas, verdes — irisados carámbanos
de polen rastreando en vírgenes palabras.

Eran mis anhelos y recuerdos horas
del sutil influjo de facundos aires,
urdiendo en mi lengua siniuosas formas
concertadas por mi mente en libre baile.

Fueron el imperio de mi fantasía
los senderos y arbolados de un jardín
enmurallado; de su extensión, vertida
en densidad, cada recinto de infantil
taumaturgia entumecido.

Descubriendo
fui, entre trémolos de sombras sonoras,
y el latido del sol, címbalo del viento,
nuevos verbos de fragancia embriagadora.

En la alquimia etérea de mi ser no hubo
antagónicas esencias: toque, roce,
ceñimiento, choque, pulso y contrapujo,
la entrecalazón de cuerpos con voces
melismáticas llenaron los volúmenes
vastos de mis sueños: integrales tersos
de álgebra que en números no encaja, númenes
que el mundo requitaron en multiversos.

^
n

II

Las palabras de los otros, toscas voces que mandaban,
prohibían, reseñaban peligrosas contingencias
y provechos que sacar al mundo ajeno que ocupaban,
no correspondieron al idioma, parco de sentencias
pero rico en sentidos, de mis íntimos multiversos.

En los libros que me dieron no encontré ni las leyendas
ni los mapas del imperio de mis sueños, tan adversos
a las pautas que regían sus empresas y haciendas.
Las palabras de sus lenguas no nombraban mis anhelos.
Mis recuerdos no les pude relatar, ni traducirles
las voces susurrantes, táctiles relumbros del cielo
que animárame la infancia.

Poco a poco fuime
adiestrando en este idioma de extranjeros; y olvidándome
que no de siempre lo hablaba, renegué la lengua loca
de mi ser, la infinidad por aritmética trocándome—
y del polen irisado quedó polvo en mi boca.

Aprendí a calcular y a valorar cada paraje,
a poner nombres unívocos a múltiples vivencias;
adueñándome de todo cuanto cupo en el lenguaje
—donde cada cuenta sale de por sí siempre correcta
y las palabras bien domadas no rebasan su permiso,
reduciendo la experiencia a la ecuación de un balance—
a la lógica tirana del sentido sometíme:
fui la imagen de mí mismo,
y mi vida quedó fuera de mi alcance.

III

Pero oculto cual bulbo bajo estiércol
restóme la inquietud.
Vime en un mundo poblado de espejos,
y mi rostro en ninguno.
Busqué la realidad en las macizas
formas de la natura.
¡Nunca los ríos fueron más fluviales
ni los aires más etéreos!
Quise radicarme en la tierra, e izar
mis brazos hacia el cielo;
sentir la savia colar de mis pies
a mis labios sedientos,
y brotar en flor fecunda de canto.
Resbalaron palabras
de mi piel, seca arena del desierto.
Azogue derramado,
mi imagen rebotaba contra todo
—plano, hueco, redondo—
devuélrame contrechada y en añicos.
Busqué mi identidad
en los cuerpos de otros más corpóreos,
en sus vidas más vívidas.

Reclamé vigoroso al patrimonio
mío la cachondez.
Palpitaba un tumulto de murmullos
debajo de mi piel,
cuajando en mi espinazo, atiborrándose
en palabras chapurrientas,
mi lengua un alboroto de abejorros.
Jalonóse mi pulso
en compases de aliento desconcertado.
Viví borrascas cálidas.
El pasmo de mis labios estalló
en fragorosos éxtasis.
Mil ojos de espejismo reflejaron
su pasión en mi rostro.
Creí que mi voz nunca se hartaría
de loar la calazón
de boca con boca y torsos contorsos.
¡Qué pronto descubrí
que el alma no habla el idioma del cuerpo!
Mi inquietud, cual mojón,
deslindaba sus huertos de mis yermos.
Respingaban sus ojos
mi tacto, el afán de penetrar
su blanda opacidad,
de sorber por mis poros la razón
que animaba sus pasos.
El timbre moridero de mi voz
se apagó entre ráfagas
de besos con resabio a oquedad.
Preguntóme el espejo,
remedón: ¿cómo acallarás el cósmico
escándalo del silencio?

REQUIEBRO

No sé qué nombre llevará
el encuentro de nuestros cuerpos.
No cupo entre los seudónimos
con que suelo contener la duda.
Ni fue pasión ni devaneo—
siquiera hablemos del amor.
Un vórtice que yo creí disuelto
volvió a hendir la calma ilusión
de las palabras confinantes.
(La cresta de una ola
se entregó de nuevo al mar.)

No me lo esperaba.
Fue sólo la costumbre
que me impulsó hacia ti.
Hubieses figurado en palimpsesto triunfal;
mas no fue liza lo que se libró.
Mi soledad se vio de pronto retratada
en tu liso cuerpo abierto,
anhelando mi impresión,
mas en tu página no supe qué encuñar.

Tu desamparo subvirtió mi táctica:
me desvistió de escudo y alcoraza.
Los lindes de mi cuerpo
se fundieron en el tuyo.

Al dejarte ya durmiendo,
no fui yo el mismo
quien entrara al aposento.
Durante ese tiempo
mi tiempo se paró,
y cobré la dimensión de infinidad.

Yo me quedé en tu sueño,
y tú infundes
el resuello de mi aliento.

INVITACION AL SILENCIO

A tí que te requiero—
ya no diré de quererte,
pues toda sed se apaga—
a tí te diré que me sigas
cuando deje atrás los nombres
sin recuerdo
y el recuerdo sin sombra;
cuando huya las miradas ansiosas
y el anhelo de palabras imposibles;
cuando ya las voces quedarán calladas,
inútiles cual trueno sin tormenta,
e iré
por el camino de mi soledad.

Sólo tú escuchas el silencio
que me crece de pies arriba.
Rezuma por las mudas hendiduras,
agrietando piedrahitita del lenguaje sordo,
aferrando la inquietud
que tiembla al fallo de las voces.

Sólo tú abarcas el vacío
descubierto por mis párpados—
sueño un litoral lejano.
A tí te pediré que me aguardes de este lado,
nada más que porque entiendes
este idioma sinsentido:

En aquel contorno,
al reverso de la planicie,
espérame,
donde el amor es oquedad
que no desbordará en la dársena;
espera hasta que el alba oculta
de medianoche boreal
socave la densa brea
de lo dicho y sin decir,
y escancie mi forma inopaca
hasta el cenit de tu calado mirador,
y te relumbre,
imantado a mi lado,
a través de la pantalla
del espacio ausente.

AMANECER

Lluvia, lluéveme sobre los párpados.
Hazme quieto y callado.
Cálate conmigo a la tierra.
Dime que el sarmiento aun no caduca,
que todavía sigue invierno.
Niebla amamanta la tierra, esta mañana de abril.

Hay otro tiempo, en otra parte...
los cantos relumbran el sol,
el aire es limpio y vacío.
Allí no cabe la duda,
ni quepo yo.
No sé cuándo sería el último estío,
ni en dónde estuve.
He olvidado todo lo pasado.
Metáforas roñosas no sostienen ya
el alambre teso en el que anduve.

Lluvia — incompasiva.
Sol — sin triunfo.
Niebla — ¿quizás la niebla?
Pero no. Ni siquiera la niebla rinde su seudónimo.

¿Porqué todo es metáfora cansada?
Vacilo en pregonarlo, ya que sonará a retórico:
también lo soy yo.
Me han abandonado, aquellas armonías
que antes se trenzaban a la música.
Sólo hay silencio, pero sigo balbuciendo,
por costumbre nada más.
Callar sería un gesto inútil,
alarde en escenario oscurecido, ante un público ausente.
Además, ya no queda entre mis manos:
dejé mi desvergüenza con las otras metáforas.

Lluvia, ¿lo recuerdas?
Ah... yo fui una vez...
¡Pero tú no recuerdas nada!
No dejas ni las huellas.
Todo lo borras, y tierra adentro.

La niebla casi se despeja ya.
Pronto tendré que levantarme, y renquear
entre montones de basura, tropezando con viejas mentiras,
y con nuevos desatinos — ruinas del tiempo caduco.
No sé dónde iré,
ni si hay adónde ir.
Será costumbre, nada más.

OQUEDADES

La puerta se abre a otra sala,
descampada como ésta,
y otras puertas se abrirán
al otro lado de otras salas más,
al soplar el viento huero
buscando el equilibrio entre oquedades.

Ese soplo hace puente
entre el pasillo de hoy
y el de mañana.
Llena de vacío mi cuerpo
y déjalo desalentado al expirar.

Cruje la puerta.
Cíñese el tiempo a su canto.
Es la corriente que nadie sabe cortar.

Está lamiéndome a sorbos
una oxidación socavadora,
desmintiendo la inmortalidad de los sarcófagos.

¡Quién se tragara aquella llama lenta
y la escupiera en sílabas de duradera luz!
¿Por qué no dejar que corra
el aire voraz — que se amontonen los días,
soplo a soplo,
en una torre de ausencias?
Así me desplomara por el vórtice
de todo el tiempo inútil
en un único instante
repleto
al cortarse la corriente.

PROLOGO

Desierto de metáforas,
me roe un anhelo insistente:
no quiero callar ya más.

El silencio dio lugar
a un lerdo desprenderme
de las palabras ajenas.
Vime obligado a abandonarlas,
no sin requiebros.

La nostalgia del arrobó —
éxtasis verídico que desbordaba
de mis frágiles alumbramientos...
aquella dejadez—
la que antes me imantaba
hacia la tierra, la noche, el viento...
la sed de ser—
de confundirme en el amor,
en inalcanzables, hartó imaginadas vidas
(¿cuántas no serían?)...
todo ello no me deja sin resabio.
Cada metáfora reclama lo suyo —
su particular mentira.

¡Qué gastadas se ven las rosas
en el jardín de otoño!
Desde el crespo capullo
hasta el desfloro rancio,
¿cuántos no las han manoseado?
Pero siguen tan rosas lo mismo.

Mas yo no me basto.
No soy tan recio como las rosas.
Empiezo a conocerme un poco
y sé que el ¿quién soy yo?
que antaño tanto me afanaba,
a nada atañe.
No que me desprece — todo lo contrario —
siéntome capaz de permitirle al universo
su autóctona existencia.
¡Bien se las hayan las estrellas,
el amor, el mar, y la demás cataloganda!
Pero descifrar el cómo y el porqué—
¿porqué sigue acosándome?
¿Cómo lo diré?

Me siento ebrio sin saber de qué.
Un rumor oscuro está naciendo,
por detrás, por dentro de la opacidad.
La fácil ilusión de omnipotencia
es el peligro propio de ebriedad,
mas la sobriedad amenaza de impotencia.
He de aguardar aquí,
afrontándome a lo incógnito.
No sé siquiera cuál será
el idioma en que se ponga la pregunta
—si es pregunta—
ni si existe tal idioma.

CONSEJO AL JOVEN POETA

Quieres comerte toda la verdad de un bocado,
mascar sus burdas asperezas ortigosas,
paladear con perversa finura el gusto seco,
amargo, amostazado, estallando
como flor de hongo en tu cerebro,
y dejar que ella te queme a llama lenta
las lodosas huellas de la tierra en tu mente.
Quieres desnudarte de tu cuerpo,
espantar el aire mustio,
tan acostumbrado a envolverte,
amoldado ya a tu forma,
hasta que el alma,
monda, cruda, espeluznándote
con arrebatos convulsivos,
vuela transparente,
un viento claro entre los vientos.

Una vez, hace demasiado tiempo ya,
yo también fui poeta, como tú.
También yo devoraba la experiencia.
Mas me supo siempre,
si dejaba de mentirme a mí mismo,
a tierra, tierra, y más tierra.

Pero la mentira es una salsa fuerte:
con la mía pude engullir bastante más que muchos,
y robustecerme con el alimento de la muerte.
La mentira tan sutil que asazonó mis días
tiene una receta bien sencilla:
creer que todo significa;
que cada acontecer es el enfoque de un misterio
—que tú revelarás;
que el mundo es un libro que queda aún por escribir.

Ahora ya no soy poeta: sé que nada significa nada.
¿Cómo no ser prosaico, si las cosas terminan
en sí mismas — los relojes,
que miden otro tiempo tan ajeno a mí;
estas palabras, que se van formando por sí solas
sobre el blanco indiferente de mi mente;
y mis sueños, que sólo acaban con más sueños?
Si me preguntas qué me queda por decir
te lo diré con toda la arrogancia de un poeta
en huelga contra tanta finitud:
nada es la voz más grande, la que todo acapara.
Diré que es menos difícil llegar a la luna
que llegar de un momento a otro,
si te preguntas el porqué y el cómo.

El que se alimenta sólo de tierra
no puede dar sino más tierra,
y he perdido el don de la mentira.
De semejantes verdades no se hace poesía,
sino insolentes refunfuños,
el llanto de Yerma por su castidad perdida.

OTRO REQUIEBRO

Busco las palabras sencillas.
Sólo ellas dejarán holgar la duda.
¿Cómo decir tantas cosas
que se desdican al pronunciarlas?
¿Cómo decir "te quiero"
si el beso se hace polvo en mi boca?

Las palabras son refugio de la incertidumbre.
¿Por cuáles traducir el enigma de este instante?
Tu cuerpo es palabra, el viento es palabra
el susurro de la víbora en la yerba,
la luciérnaga que alumbra la noche,
la risa del chacal y el silencio, son palabras.
Tu mirada es muchas palabras.
Tu caricia son todas las palabras.

Pero las palabras no me bastan.
Todas terminan por callarse.
Late en mi sangre el rumor de pasiones antiguas,
mas la soledad ~~es~~ un cuenco sin retumbos.
¿Qué hubo antes de la soledad?
Lo ignoro. La mía es una raza sin historia.
¿Y después?

¡Abreteme! Te colmaré de anhelos insaciables,
de vastas oquedades.
Te invito a compartir la soledad
— no la mía, sino la tuya.

No dejes que te engañe la primavera.
Nunca olvides que somos moribundos,
que el silencio se nos va acabando.
No habrá respuesta a tus preguntas.
Nadie te dirá por qué, ni cómo, ni quién eres.
Sólo somos una efímera pasión,
parásitos del hambre propia.
Somos la esfinge y el enigma,
la partida y la meta.
Somos el sueño que nos soñamos soñando.

Lo único certero es la muerte:
en ella podremos guarecernos.
La misma certidumbre enyertece.
Es la cicuta del anhelo,
y el anhelo es manjar de moribundos.
No lo dudes, ya hemos muerto muchas veces.
¿No sientes el helor de nuestro abrazo?
Ni siquiera nosotros nos salvamos
de la epidemia de certidumbre.

Aprende a conocerte los contornos del silencio.
Son más ámplios que todas las palabras.
Así, quizás, esta marea de soledad
—desbordando por mis torpes gestos,
encauzándose en palabras que le vienen tan estrechas—
se encuentre en las honduras con la tuya,
y se conozcan por atávico instinto.
Así se ceñirán, entrecalándose,
corrientes submarinas,
mientras tú y yo sigamos,
cara a cara, cuerpo a cuerpo,
faltos de palabras.

TEMPESTAD

Cuando el trueno rodó por los llanos
abrió grietas en los paredones,
derrumbó las chozas de los pobres,
derrocó candelabros de techos señoriales,
y buscó paradero en mi cuerpo.
Sigue temblando allí, solo,
ya que lo demás se calló.

Ya no hubo un tiempo antes del trueno.
¿Eso que lo pareció?
Se ha suprimido.
Sólo queda el tiempo del relámpago,
y anhelar la lluvia.

Mi cuerpo ¿cómo cabrá en el universo?
El trueno creciente se hará rumbo,
fraguaráse nuevos universos,
densos cual carbón acrisolándose
en diamante.
Se recuajará en el espesor del silencio;
libraráse más ligero que el recuerdo eludido;
Será más amplio que el olvido.

El relámpago tendrá el acertado tino
del raudal en el desierto.
Surcará su cauce sin hesitación.
A mí la luz me esparcirá
por la atmósfera; mi cuerpo estallará
en un astro de inestables átomos.

Tan sólo al imperioso equilibrio
la tormenta obedece: tiene que llenar la oquedad.
Disolveráse lo compacto,
quebrando la tregua de imanes
que deslinda mis universos.
Y mi cuerpo encontrará todos mis cuerpos.
La balanza en el tiempo es vaivén:
levantarán los pobres su vetusta desesperanza,
y cenarán señores so lucientes candelabros.
Seguiré tronando solo,
aunque se calle lo demás.

Nunca hubo un tiempo antes del trueno.
Siempre es la hora del relámpago,
y de anhelar la lluvia.

En el principio hay el mar.
Antes que el hombre lo oyera
marcó para siempre el compás del tiempo.
Sangre salina en mis venas
guarda el ritmo que el mar le enseñó.
Mi aliento es oquedad
que desplaza el vaivén de las olas.

El mar se bate sin tregua
contra rocas del litoral.
Esto que llamo mi vida
es un compás del fragor eterno.
Mi flujo encaja y se funde
en el reflujó de su rabia.
Su principio será mi fin.

Ahora el compás suspenso
es un silencio lejos del mar.
Conspiran para callarse
la cigala y el viento.
Mas vibra el vacío: queda el rumor
del resuello socavador.
El tiempo late oculto
tras el resplandor del sol.
Una pantera tensada
acecha mis huellas en la arena.

MEDITACION SOBRE
UN TEXTO
DE VIRGILIO

sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt

I

El pardo otoño es mi sementero.
Quizá la mustia muerte remolona
del mundo sensual,
lento encojimiento de lo táctil,
una tarde de lluvia,
facíltame el cultivo del candor.
El estío es demasiado efusivo:
bajo el sol que todo nutre y lo marchita
con la misma indiferencia,
mi cuerpo se estremece, cobra una tesón,
brío que le impide el libre discurrir
por los largos, laterales callejones del parque,
donde corro el riesgo de descompasarme,
de perder ventaja en la lucha,
feroz cuanto disimulada,
por captar aquella luz que presta sombra a mi perfil.
Ahora que ya se destiñen los gualdos rubros,
apoplética agonía del verano,
no sirve de tapujo sino el frío
a la pútrida fasquía, redonda y seductiva,
de la muerte.

Los hombres decentes dedícanse a quemar las hojas.
Hay que incendiar tanta carroña,
echarla al vertedero
y perfumar el aire con el ácido licor
del humo paliativo.
¡La salud pública lo manda!
Hay que olvidar que vivimos calados de sangre.
No hacerles caso a los cadáveres:
quizá la peste se disipe sola.

Mas la muerte que llena mi olfato no me deja.
Esme fiel hasta la muerte,
hasta mi cita secreta, ineludible,
anhelada con más inquietud que los requiebros,
con esa incógnita amante
a cuyo encuentro llévame arrastrando
el alcahuete tiempo.

Voy sin rostro por las calles
de la ciudad de promesas.
Aquella sirena que llora
es la música de un café
donde ajenas vidas se entrelazan,
más tupidas que la zarza.
Veo preso en el espejo
a un muchacho con piel de agua.
Cíñese una yedra de ramera a su cintura.
Sangre de fuego rebate contra venas carceleras.
La sangre pide un balazo
que pinte la viruta de amapolas.
Ojos ebrios de susto atizan en rabia
al cruzar mi mirada.
Nadie quiere verse retratado en su destino.

II

¿Quién es aquella sombra que sonrío en el portal?

¿Quién es la que me agarra,
y me pringa de miel amarga?

¡Es otra muerte, no la mía!

La celestina engaña.

A la mía la conozco, la llevo bajo mi piel:
es el escalofrío que vive en mi espinazo;
es el calor de mi sangre envenenada del odio;
es la sombra que me encuentra cara al paredón;
es la dejadez que rezuma a flor de labios,
fragancia de sangresueño
cuando rindo mi cuerpo al amor.

Esta otra muerte me es ajena.

No quiero tomarla en mis brazos
ni catar sus caricias violentas.

Esta se me cala con la lluvia,
por las suelas de los zapatos;
se me pega con el humo en la cabellera.

Esta es la muerte meretriz,
la que nos toca a todos.

Ya se acaba la fiesta del prostíbulo.
Fallada la reyerta de antifaces
los músicos están ya por marcharse;
no quedan invitados,
sino en los resquicios de la sombra,
embozado cada cual en chuchoteos.
Salgo a la azotea, me recuesto en el tejado,
y dejo penetrarme la rociada.
La simiente cuele por mí
cual lerda savia en las encinas.
Pasaré por una angostura,
solsticio que ya se nos come los días
poco a poquito,
mientras ratones roen los restos de las viandas.
Sólo me queda esperar a que obre
la alquimia de esta muerte.
¡Qué larga germinación, la del invierno!
La mandrágora lo sabe, y los jacintos.
Enovillado en mi crisálida,
lo voy aprendiendo yo también.

III

Hay una muerte en cada instante,
en cada mirada eludida, en cada voz callada.
Hay una muerte en la ilusión,
y otra en el desengaño.
Pero sin ella, ¿qué habría?
Un sin fin de porqués incontestables.
La inmortalidad fuera joder sin orgasmo.
La muerte presta urgencia a cada instante,
a cada muerte particular.
No perdona la mentira del olvido,
mas denuncia el derroche de la sangre.
Exige que se encuentren las miradas,
que la voz se pregone.
La muerte le brota al mundo
en primaveras de flores negras.
¡Abridle las compuertas!
Viene del triunfo engalanada.
Se nos abre el corazón como una granada madura:
siembra la historia del futuro.
Es el viento que sopla a las llamas,
ardiendo la decencia de los hombres.

¡Brechad la hita muralla
de esta ciudad de mentiras,
de este vertedero de olvido!

“¡Viva la muerte!” Todavía lo claman,
mas *es* el sinsentido que parece.
Ella desprecia a quien la quiere,
se ríe de quien la siembra:
sabe crecer como los hongos del bosque
y no necesita a quién la presente,
en este vertedero de sangre,
en este vertedero de olvido.

SOLILOQUIO

SOLILOQUIO

Hace mucho tiempo de ello.
No recuerdo ya
si fuiste tú quien me soñaste,
o si yo a ti.
Apareciste, ahora lo remiento,
en la zángana zozobra de la selva.
La blancuzca luz del trópico apenas penetraba
por las cúpulas de ceibas cenizientas
que se iban tamizando a través de entretupidas frondas,
dejando reposar sobre el suelo
sólo un poso oscuro de verduzca luz.
Respiraba un aire denso
con el murmullo apagado de langostas en la lejanía.
La humedad a los contornos de mi piel se receñía,
deslizándose cual jiras de viscosa seda submarina.
Rozábanse mis muslos contra el musgo
que forraba como fieltro los troncos de los árboles.
Con lenguas sorprendentemente crespas
me lamían el rostro las lianas.
El tacto de las plantas de mis pies
contra el lodo cálido,
cual sanguijuelas le mamaba el licor
de tierra destilado,
y dejaba una zaga de charcos desdibujándose.
Los macacos mantenían parlamento chocarrero
entre la alta enramada.

Desde el madrigal donde escarbaba,
el tapir su displicencia les gruñía,
y el tucán su opinión al papagayo
pomposamente le participaba.

De pronto tú.
Inmóvil me miraste.
Detúveme, alerta a cualquier amago en tus pupilas.
Se desperezaron los tendones de mis manos,
los empeines de mis pies
se arretensaron como arcos.
La selva calló. Los monos acechaban.
Mil ojos nos miraban, mas los tuyos no temblaron.
Tus pupilas sólo preguntaban.
Tus iris eran la cuestión.
No hay palabras en el mundo donde moro
que den voz a esa interrogación
Tus ojos lo preguntaban todo.

Tuve pasmo.
Todo mi pasado, de repente, ya no me pertenecía.
Desollóse de mí como pellejo de serpiente,
dejándome desnudo, como tú.

Había olvidado el camino de regreso,
como si jamás hubiese yo pisado otro paraje que la selva.
La pregunta de tus ojos me seguía interrogando.
No cabía sino responderle.
Zafarme no podía; lo supe aun sin comprobarlo.

Como el jaguar arrinconado, tuve un impulso a arremeterte,
pero supe que si yo te atacaba
sólo hubieses... desaparecido.
Contuve el titubeo de mis manos y mis pies.

Tus ojos ya no preguntaban.
Me decían "ven, que desde siempre te he esperado".
No sé con qué valor, obedecí.
Sentí el aroma de tu cuerpo envolucrarme
como un aceite tibio.
La carne por debajo de mi piel se estremeció hacia tí.
Supe que eras tú quien yo buscaba en esa selva,
sin jamás habérteme imaginado,
y sin saber que te buscara.
Reconocí, al abrazarte, los contornos de un cuerpo
cuya ausencia toda una vida me pesara,
sin jamás haber puesto mis ojos en tu rostro.
Tus labios eran blandos como las esquinas del recuerdo.
Parecían embeberme, como traga un remolino.
Tu piel cual esponja me sorbía,
informando el espacio de tu cuerpo con el mío.
Pulpo pescado, de dentro afuera vuelto fui,
virtiendo en tí mis pensamientos.
Y latieron, lúcidos y claros, en tu transparencia.
Del éxtasis temblabas.
Perdí todo conocimiento de jamás haberte sido ajeno.
Fuimos una sola sensación.

Tampoco recuerdo cómo fui raptado de ese sueño.
Vivo desde mucho ha entre la opacidad
de la materia indiferente.

Las casas de los otros son bloques de granito
junto a la calzada.
Mi casa es una cárcel ingeniosa:
aprisiona lo que está de puertas afuera.
Si salgo, me rodean el horario del tiempo
y el precio del dinero.
Gástase mi vida en el secreto,
como pelota de frontón:
no cambia de aspecto, mas deja de botar.
Pero sé, cuando se hiende la película
que me separa de mi ser, durante algún momento de modorra,
que tú eres mi verdadero ser, transparente y cálido.
Sé que me aguardas en el sueño,
lejano y verduzco,
si sólo acertara en soñarlo.

¿Quién me despertara del desvelo?

DOS TOCAYAZGOS

A César

Lisboa, otoño de 1973

César, tocayo del valor,
joven César, domador
de briosos alazanes,
sobre un potro tan gallardo,
ajaezado de corales,
reluciendo negros botos,
en tu pecho un clavel,
dime, beldoncel,
¿porqué es que cabalgamos
por un bosque tan oscuro
alumbrados por la luna,
al sigilo de una noche
tan rabiosa por tu piel?

Vinimos a la búsqueda de un sueño,
a encender con la yesca de tus besos
el oscuro azar de mi futuro.
¡Ay, que la vida pudo ser tan bella!

César, tocayo del dolor,
¿de dónde salta tanto ardor?
¿porqué tan blandos labios
y miradas tan ardientes?
dí, jinete desbravado,
tan cachondamente domeñado
entre mis brazos,
¿qué zozobra se atafoga
so tus cálidos suspiros?

Voy mañana con la tropa,
rostros duros, ojos fríos,
reluciendo negros botos,
en mi espalda un fusil,
a matar a negros en la selva,
o a que ellos me maten a mí.

César, triste César,
¡qué pálido te ves
a la luz vatídica de luna!
¿qué terrores leo en tus ojos
cercados de negras ojeras?

Hace tiempo que no duermo.
Sangre negra máncame los sueños.

Oh, lejano César,
¿qué me susurran tus labios
hinchados y amoratados?

Cuídame a mi potro con cariño.
Si regreso, y con piernas,
volveremos cabalgando en este bosque,
a recordar los sueños olvidados,
y a olvidar la pesadilla.

César, por tu patria traicionado,
¿por qué tu abrazo se me vuelve tan helado?

A Beatriz, Vda. de Pender, Tánger 1973

TELEFONAZO

—Llamo para invitarte a cenar, Beatriz...—
mas la línea comunica con la muerte.
Antes que tu voz, derrama el agua fría
en mi espinazo.
¿No será presentimiento?

Un instante de silencio pregonó
a chillidos de ramera la noticia
que tus álgidas palabras mesuradas,
dignas como las de otra Beatrice.
(nunca titubeaste ante las grandes escenas)
procuraban revestir decentemente de sentido.
Pero la muerte rehusó llevar el cuño de la razón.
No cupo en el troquel de las palabras solazantes
con que hacemos la verdad a nuestra talla.
Saltó delante de tu voz. Me asustó.
Me pilló desprevenido, como siempre.

Una presencia se infundió en mi aposento
—como el vago malestar cuando se apaga
la lumbre con el viento, y se cuele el gas—
una intrusa sombra enigmática
(el disco y el water cantaban impávidos)
plantóse junto al florero exuberante de narcisos,
y ya no quiso marcharse.
Frío subió de repente desde el suelo que ondulaba
— un vapor de las marismas.

¿No llevaba todo mucho tiempo aquí?
—el frío, la sombra, esta cefalalgia
sin causa perceptible?
¿No llevarían desde siempre aquí,
emplazados con mis libros, la vista sobre el mar,
el reloj, y estos muebles,
el sofá impreso con el sello de los solitos solaces,
esa mancha del café y ésta del amor
—pequeños gestos, con los que intento aplacar el tiempo?

Nunca conocí a tu marido.
Tú, viuda tantos años antes de su muerte,
tanto tiempo que llevabas esperando
contra la inútil esperanza,
(dado el caso, el lugarcomún es lo acertado)
¿tú, qué viste al erguirse enhiesto
el caballo obscuro en la madrugada?
De qué sirvió tu tocayazo en ese instante?

Di, cuál de los clisés,
reproyectados proyectos para un porvenir
que siempre acaba de anularse,
pasaría ante tus ojos?
¿Los cerraste al ver deshilvanarse lenta
la urdimbre de mínimos hábitos,
frágiles maniobras de tu mente contra la nada?

Desde luego, cada cual tiene su modo
de enterrar a sus muertos.
Ya voy haciéndome a este huésped
que llegó sin avisar.
No me espanta su reflejo en el espejo.
Casi se me olvida que me acecha
desde el pliegue del telón,
que me aguarda en su puesto
inocupado en la mesa,
esperándome con la paciencia,
sin desmanes ni amagos,
del que sabe que será bien complacido.

CASIDA DEL NEGOCIO FRACASADO

CASIDA DEL NEGOCIO FRACASADO

Tranquilo, tras un día de pingües trueques en el zoco,
estirado en el diván damasquino,
apuesto apartado con cortinas corredizas,
del fondac musicante de Abd-er-Rajman, mi sobrino,
con vista sobre el puerto;
sin más compañía que cachimba y yerbabuena,
sordo al alboroto de laúdes y tantán,
lancé a la mar la red de mi embriaguez
para pescar fantasmodorras submarinas.

Crespos reverberos del dulzor del té y el aroma de la flor,
batiendo, con callado refragor,
como babosas olas en la arena,
contra el quicio entre mis sueños y mi piel,
urdieron del delirio humosedosos espejismos.

Todo un cálculo de incógnitos sentidos
sin puerto en mi cuerpo
multiplica imaginarias sensaciones,
castas cual algas cimbreadas bajo el flujo de las ondas.

Hasta que tú te lanzas a danzar,
marchoso mozalbete de Gomara.
Zambrando al lelí desenfrenado del asincopado frenesí,
¿porqué me miras de reojo alfeñicado,
pestañeándome con zalameros ojos de alajú?
Meneas jugueteón el cinturón aljofarado
prieto a tu albo alquicel de tafetán;

y desde la plácida playa del ensueño
arrástrame la rauda resaca del deliquio
a la coqueta boya bailoteante
en el estrecho de repente embravecido
entre mis ojos y los tuyos.

No recelaré, calamitosa calamita,
bogar a la deriva, dichoso en tu torionda pleamar.
Tajamar sin más nauclero que el capricho,
cual corsario bergantín yo surcaré
las marejadas jadeantes de tu oronda cachondez.

El calor de la alta mar me ha dado sed,
tántalo tantarelero.
Bulle bulliciosa la lujuria en mi sangre,
granjeándome, granuja, a tus gracejos embusteros.
Rosas del desierto brotan en mi boca enardecida
por sorberse el rocío de tus labios.
Contra mi flojo albedrío, navego hacia tu faro,
embruado por la llama llamadera que te alumbraba la mirada;
y zozobro en los escollos
de esos zarcos charcos traicioneros.

Náufrago en exótica ribera,
ebrio con el mosto de locuelos besos,
hasta el fondo la solera cataré
de tu cántaro de encanto.
Mi celo jinetero, brioso alfaraz
piafando por saltarse el quicio de la liza,
bajo el espolón de tus piruetas parpadeantes
encabrítase galán,
y revuélcame al jaleo de tus muslos enjaezados.

Monto a somonte el hipocampo desbocado
de tu tafanario retozón.
Nódulos de nervio aliso en tu espinazo,
apaciguando el temblor que busca contrapunto
en el conato de mi cuerpo.

Bates, títere transfigurado en ángel,
tus alas de suspiros
en el viento de mi aliento caluroso.
Galopando al talán de aljaraces tintinantes
cálcome al compás pasmoso de tu airoso voleteo,
y planeo, pegaso, en el ondulaleteo
de tus mariposaderas cadereadas.
Llevado por tu ritmo arrúmbome al salto,
y encuentro tu cadencia concordante
en el pulso del placer,
moridero, cual toda ilusión.

Ahora, reposando en el poso plumizo de mi torso,
pringoso de sudor,
con salitre de tu nuca en mi boca,
diviso, desde lejos,
la costa de tu cuerpo en la laguna del diván.
Quisiera zambullirme al agua clara
entre los arrecifes de tus brazos,
escalar por la floresta de tus rizos
el peñón de tu testa,
despacioso cabalgar por el llano de tu espalda,
y recostarme a descansar
en las lisas colinas de tus nalgas,
a ver el perfil de tus largas peñíscolas
perdiéndose en la bruma del mar.

No comprendo esta tarda añoranza.
¿Porqué, mi celo satisfecho,
siéntome tan preso de tristeza?
¿No me habrás picado con ponzoña más sutil
que las sendas hembras que han vendídomme
caricias a trueque de perfume,
de moneda, o de mentiras lisonjeras?
¿Cuántas no he gozado, ganancioso,
sin temer el del amor mortal hechizo?
—mal peor que la locura, pues su cura
queda en el capricho de una ajena voluntad.
¡Ay! Contraveneno desconozco,
danzarán gomel,
para el brebaje bardajil que me he bebido.
¡Oh! No lo quiera Alá.

Ojalá cuando te vistas, y te dé cinco direnes,
poco te parezca,
aunque de siempre es el escote establecido.
Ojalá me muestres una mueca, yo te aumente complaciente,
mas por eso ya me sienta desquitado de cualquiera vanidad.
Ojalá no se te ocurra agradecerme mis besos,
no me quede este resabio del querer,
amargo saldo de un comercio
en el que toda mi pericia no valió
para regatear el precio de mi alma.

OTROS RUMBOS

RELATIVIDADES

Vuelvo de la calle y el reloj me dice
"has estado doce horas de paseo".
Ese tiempo he salido de mí mismo,
de este cotidiano yo, a quien le habla
el reloj. No soy aquél, el que salió
por esta puerta. En medio día siglos
han pasado, atravesándose en las calles
de mi mente. Fuerzas atávicas vibran
en el fondo de las horas, animándolas
al ritmo de deseos ya olvidados,
o aun insospechados, que se avivan
en el cruce de mi tiempo con sus tiempos.
Y esas horas que con ínfima paciencia
me ha guardado el reloj, a oscuras, quedo
en su lugar entre las flores marchitas
y el poema interminado, interminable,
¿serán las mismas que acabo de encontrarme?

ACERTIJO

No con tus labios, ni con caricias,
sino con tus sueños me amarás.
No busques saber quién soy:
no hay voz que me nombre.
Sigo a la sombra de tus pasos,
mas no soy tu perfil en la arena.
Te caliento más íntimo que el sol,
mas no dejo salitre en tu piel.
Los mares y el viento serán mi morada,
lo mismo que tu más secreto anhelo.
Soy un fragmento de sueño
que huye la luz de la carne.
Vengo en un raudo desmayo
a violar la opacidad de lo visible.
No te espantes si susurro so tus párpados,
mas ámame,
cuando te prenda a oscuras.

OTRO ACERTIJO

Qué hermosas son, y qué curiosas, esas bípteras mariposas
que se posan tan quietas en el quicio del cristal.

Sus alas, espaciados blancos élitros, pétalos de pensamiento,
visten una mota meneadiza e irisada
en torno a un negro lunar,
lucientes gotas de aceite afloran en el agua verdinosa
de un estanque que espejea el sol.

¿Por qué se quedarán unos momentos nada más,
mirándome mirarlas,
las mínimas lepidópteras con crines en el canto de sus alas?
¿No saben que quiero seguirlas,
sentir otra vez el aroma del néctar,
voleteando sobre el verde vaho del césped,
pausando en la punta de un estambre de amapola,
embebiéndome la corola del tulipán?

¿No sabrán que quiero cazarlas,
y herirlas, con el ápice trémulo de mi tórax

No. No lo sabrán.
Y además, está el cristal por medio.

¿Porqué me atraviesa el vientre esta estaca ^dre acero?

MARINA

Cinco cosquilleos navegando por tu nuca
me alardean sus abanicos susurrantes.

Entredeschúpanse cuatro espeluznos trasudados.
Desdibújase el estrave asintótico.

Tres pañuelos convulsos destíñense
ondulando en un acuario de ilusiones oxidadas.

Bajo mis pestañas erízanse labios nostálgicos.
Tropiezo con un beso de vapor.

El eco de tus lóbulos retoña
en el talán de lástimas olvidadizas.

Escúchalo.

Sangra la rosa en tu boca
saciada de sombra.
Chirlo de besos,
tu cuerpo arrojado se tuerce crispado
entre las hojas ardientes de otoño.

¡Qué chirlo loco es el beso baboso
en tu boca chirloca,
rosa sombrosa!
Besas la sombra de sangre
en las llamas doradas.

Sángrate rosa morosa.
¡Vuélveteme loca!
Malvaloca de estío quemado.

¡Sul!

Rumor...

Susurramor...

Secretos arrúllanse al viento.

Murmullo oloroso...

Rosa rumorosa...

Tiento tu cuerpo frondoso.

El viento deshoja secretos
que trajo del sur
aliento al rastrojo quemándose.

Siento el deshojo de agosto
oloroso...
olvidado...
cerrando tus párpados,
rosa rastrosa...
de antaño ya regalados,
hojas voladas...
al perfume de una noche sin alba.